

EL ENSAYO

Por

RAFAEL VIRASORO

El tema que me corresponde desarrollar en este ciclo sobre "Aspectos actuales de la cultura litoralense" se refiere al *Ensayo*. Tema sumamente atractivo, pero también lleno de dificultades de las cuales la primera y la más difícil de resolver es la propia determinación conceptual del asunto. Porque sucede que no se sabe con exactitud qué es un ensayo o, por lo menos, no existe ni ha existido un concepto claro, uniforme, inequívoco de lo que se quiere significar cuando se habla del ensayo.

No tenemos problema alguno para definir, aproximadamente desde luego, lo que es una teoría científica, un sistema filosófico, una obra de historia; o bien, en el terreno de la creación literaria, qué es poesía, narrativa, teatro, aunque se puede discutir indefinidamente acerca de lo que distingue la comedia del drama y a éste de la tragedia; dónde termina el cuento y comienza la novela; hasta qué punto la narrativa se ha de mantener en el plano de la imitación o reproducción más o menos fiel de la realidad vivida o, por el contrario, debe ser producto de la pura imaginación creadora con elementos tomados de lo real o de la fantasía, incluso de la fan-

Del ciclo "Aspectos actuales de la cultura litoralense", organizado por el Departamento de Extensión Universitaria que se llevó a cabo el 22 de agosto de 1968.

lasía científica como ocurre ahora con lo que suele llamarse ciencia ficción en el ámbito de la literatura contemporánea. No hay, repito, problema alguno, al menos de fondo. Pero sí lo tenemos, y de mucho peso, en lo que se refiere al ensayo, porque con este título genérico y al parecer de desmesurada elasticidad se incluyen, con razón o sin ella, estudios, análisis críticos, investigaciones científicas, comentarios, notas y crónicas muy distintas en su extensión, en su forma y en su contenido.

¿Qué es un ensayo? O, tal vez mejor, para no atarnos a prejuicios desde el primer momento, ¿qué se entiende o se ha entendido por ensayo? Un ejemplo clásico e indiscutido puede servirnos de guía para nuestro propósito: los *Essais* de Montaigne, una obra maestra en el género y una de las más altas expresiones de la literatura universal.

Sus temas son muy diversos: la naturaleza humana, sus sentimientos y pasiones, el placer, el dolor, la muerte, la moral, la amistad, la sabiduría de los antiguos, el origen y el valor de nuestros conocimientos, en suma, una verdadera enciclopedia. Pero una enciclopedia en tono menor. No en su contenido, de extraordinaria riqueza y hondura de pensamiento, sino en su forma. Son todos o casi todos muy breves, no agotan el tema propuesto ni tienen la intención de hacerlo; más aún, parecen escritos —y así lo testimonia el propio Montaigne— al hilo de lecturas ocasionales o de reflexiones que acuden a su mente con cierta espontaneidad, sin premeditación ni propósitos definidos. Los anima, sin duda, un mismo espíritu, algo así como una subyacente concepción del mundo y de la vida, típica expresión del Renacimiento que en más de un sentido es época de crisis y transición y, como tal, de incertidumbre. de búsquedas y tanteos, pero no hay en ninguno de esos ensayos un plan orgánico de trabajo, un desarrollo sistemático, ni, mucho menos, una teoría o una doctrina explícitamente formulada con todo el aparato científico: citas, documentación, pruebas, habituales en los trabajos de investigación.

Lo que hay y sobra en Montaigne —aunque se disienta con sus ideas, que esto es cuestión aparte— es genialidad, riqueza de contenido, hondura de pensamiento, cualquiera sea el tema que trata. Lo que le falta, por innecesario para sus inquietudes y sus propósitos, es el aparato formal que hubiera exigido un tratado sobre los mismos temas. Importa más en él la búsqueda que el resultado concluyente, la insinuación que la demostración, el fondo que la forma.

Personalmente creo, ya se verá por qué razones, que los *Ensayos* de Montaigne son una cabal expresión del género. Por lo demás, nadie lo discute. Pero sucede que a poco más de un siglo de los ensayos, en 1690, Locke, uno de los filósofos más importantes de toda la historia del pensamiento, llama *Ensayo sobre el entendimiento humano*, así, simplemente, ensayo, a una de las investigaciones más completas, ordenadas, sistemáticas y rigurosamente científicas sobre el origen y formación de nuestras ideas, es decir, sobre los fundamentos de todo conocimiento posible; y llama *Ensayo sobre el gobierno civil* a una investigación no menos profunda y orgánica sobre el estado, el derecho, el poder, las formas de gobierno, que se cuenta entre las obras clásicas y perdurables de la literatura política universal, *Ensayo* que poco después Locke incluyó como parte de su célebre *Tratado sobre el gobierno civil*. Y ocurre también que, en decidida oposición a las ideas de Locke, a su radical empirismo, Leibniz escribe sus *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, tan importante en la historia de las ideas, por su contenido y su rigor científico, como el *Ensayo* de Locke; y, con otras intenciones, escribe además sus conocidos *Ensayos sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal*, es decir, su *Teodícea*, obra capital en la filosofía de Leibniz y en todo el pensamiento moderno. Y ocurre, finalmente, para no multiplicar los ejemplos, que el matemático y físico Laplace publica con el título de *Ensayo filosófico sobre las probabilidades* una de las obras clásicas de la física que contribuyó,

tal vez como ninguna otra, al afianzamiento de la idea, ya formulada en los orígenes de la ciencia moderna, de una rigurosa relación causal entre los fenómenos y, con ello, a la tesis del determinismo universal que comprende no sólo el mundo físico sino también la esfera de los hechos humanos. Todo ésto sin contar con que muchos escritores de hoy y de siempre, que se ocupan del arte, la educación, la política, la historia, la literatura, titulan ensayo a lo que, a veces, por su estructura, su enfoque y su desarrollo no es más que una simple crónica, una nota o un comentario, sin que ahora nos importe el valor que pueden tener como crónicas o notas.

¿Qué es, pues, el ensayo? ¿Cómo determinar sus caracteres, sus alcances, sus límites si hay tan sorprendente variedad de criterios al respecto? El panorama histórico, aunque lo extendiéramos ilimitadamente, sólo nos ayudaría a despejar el terreno, pero no puede darnos una idea clara de lo que buscamos.

¿Puede sernos de alguna utilidad la etimología de la palabra? Sin duda, siempre lo es, porque las palabras nacen de las necesidades expresivas y se mantienen con ellas; pero con reservas, sin adoptar una postura de rígida sumisión, porque es bien sabido que el lenguaje es una realidad dinámica que de continuo cambia, se transforma.

Ensayo viene del latín *exagium* que significa peso y acto de pesar, en el sentido de examen, inspección, reconocimiento, prueba. En este sentido son ensayos las pruebas a que se somete un material para verificar su grado de resistencia; o un motor para comprobar su normal funcionamiento y su potencia. Pero también son ensayos las pruebas a que se somete una representación teatral o una ejecución musical antes de llegar al público; y las que realiza un músico en la combinación de los sonidos o un plástico en la disposición de las figuras, en la combinación de los colores, de las masas y los vacíos, en los esquemas y bocetos previos a la composición imaginada. Y, ¿no es también un ensayo, una serie de ensa-

vos los que hace un escritor o un artista hasta encontrar su estilo, su forma expresiva en un proceso sin fin de búsquedas, tanteos y aproximaciones que en un artista auténtico revelan la eterna movilidad de su espíritu y su renovado afán creador?

He dicho búsquedas, tanteos, aproximaciones y de pronto advierto que el concepto de ensayo se ensancha, se enriquece sin perder relación con su sentido originario. Esto es precisamente lo que ocurre con la obra de Montaigne. Montaigne no creó el género, que tiene muchos y muy valiosos antecedentes en la literatura antigua y en la de su época: en Cicerón, en Séneca, Marco Antonio, Plutarco, San Agustín, Erasmo y tantos otros; pero sí utilizó por vez primera la palabra justa para designar esas aproximaciones a un tema, no importa cual, sin ataduras formales, pero con la intención de decir algo que sea más que una simple opinión o comentario.

No es esto todo; hay algo más, y con esto comienza ya a perfilarse nuestro concepto. El ensayo no sólo dice algo, sino que dice algo *sobre* algo. Entiéndase bien: no sólo dice algo, que esto lo tiene en común con todas las formas literarias; no sólo narra, cuenta, describe realidades objetivas y estados subjetivos, sino que dice algo *sobre algo*. Y, lo que más importa, no lo dice porque sí, gratuitamente, porque el autor siente la necesidad de comunicarse con los otros, de expresar de algún modo lo que excita su imaginación, sino que su decir obedece a los pensamientos, reflexiones y meditaciones que en ese algo le sugiere. El ensayo recoge y expresa lo que el autor piensa acerca del tema que le interesa, le preocupa o que le ha sido propuesto. Es, por lo tanto, especulación, saber, teoría, incluso ciencia, pero en un sentido amplio, no restringido a las comunes disciplinas científicas ni sometido a las exigencias formales de un tratado. En su contenido es ciencia en el sentido preciso de un saber reflexivo, crítico, consciente. El ensayo —dice Ortega, un maestro excepcional en el género— es la ciencia, menos la prueba explícita. Y esto lo dice Ortega para calificar nada menos que sus *Meditaciones del Quijote*. Yo diría

que en el ensayo las razones que fundamentan cada afirmación o toma de posición están implícitamente contenidas en el texto, aunque no se las formule de modo expreso ni se las documente con citas. Lo importante es que son *razones*.

Hilando más fino, podríamos ahora intentar una depuración del concepto, una clarificación. Y no encuentro mejor método que la *vía negationis*, esto es, la sucesiva eliminación de lo opuesto y de lo que de algún modo se le asemeje, hasta que aquello que se busca se nos haga presente en persona, como dice Husserl al estudiar la naturaleza del método fenomenológico. Partiendo, pues, del concepto provisional que hemos logrado, iremos de lo que no es a lo que es.

Por de pronto, y para referirme ante todo a lo opuesto, es evidente que el ensayo aunque es un *hacer* del hombre no lo es en el sentido de la *techné*, de lo que hoy llamamos técnica y arte. Sin duda, se puede referir a la técnica y al arte como su objeto o su tema, pero no lo es él mismo. El ensayo es un *hacer* pero en el sentido de la *poiesis*, es decir, de lo que los griegos llamaban "hacer con palabras".

Algo tenemos, pues, en claro: el ensayo no es un hacer con las cosas, no es técnica ni arte; es un hacer con palabras. Pero este hacer con palabras es múltiple y muy variado, entre ellos la *poesía*, quizá lo más distante del ensayo como forma literaria.

Lo que el ensayo tiene en común con la poesía es que en ambos casos se trata de un hacer con palabras. Pero sólo eso. En lo demás, en su intención, en su forma y en su fondo son radicalmente distintos. Aunque la poesía no se somete ya a las preceptivas tradicionales y carece de formas prefijadas, mantiene su esencial diferencia con las restantes expresiones del quehacer literario, sobre todo con el ensayo. La poesía es en su espíritu invención, creación pura. A veces, es un decir que brota espontánea y libremente de la subjetividad del poeta en busca de otra subjetividad que lo comprenda en lo que siente, quiere y piensa; en sus ilusiones y esperanzas, en sus

desengaños y pesares, en sus dolores y alegrías. Otras veces, es más objetiva, menos sentimental, pero siempre fruto de la inspiración, del genio poético que no tiene ni puede tener trabas en la realidad objetiva. Su contenido es múltiple y muy variado. Caben en ella todas las intenciones, incluso sociales y políticas, pero libremente elegidas, sin sujeción temática y con un propósito más *mostrativo* que demostrativo. Por eso, el poeta, aunque utiliza todas las formas expresivas a su alcance, se vale mejor de imágenes y metáforas que aluden a las cosas y a los sentimientos sin referirse directamente a ellas. Si, como dice Ortega —que tan bellas y luminosas páginas ha escrito sobre la metáfora—, con este procedimiento intelectual aniquilamos las cosas en lo que son como imágenes reales o, mejor, las desplazamos desde su lugar real para transponerlas a un lugar sentimental, no hay duda que la metáfora es constitutiva de la poesía, su forma expresiva por excelencia.

En la poesía importa más el decir, sus formas alusivas, sus imágenes y metáforas que las cosas mismas a las cuales se refiere. No le falta contenido, claro está, a veces de tan poderosa fuerza atractiva, como acontece con la poesía de intención social, que nuestra atención brinca por sobre la palabra y se detiene en la idea. Pero entonces la palabra pierde su valor poético y la poesía como tal se esfuma. Y si recordamos la palabra en su sentido poético la idea se desvanece, lo que no significa que desaparece por completo. Así, la atención va de la una a la otra, de la palabra a la idea y de ésta a la palabra sin que nos sea posible comprenderlas en conjunto y a un mismo tiempo, ni, mucho menos, pasar de la palabra a la idea, del signo a lo significado por el seguro camino de la relación lógica que establece una teoría de la significación. Lo que en esto ocurre es que en la poesía la palabra tiene un valor por sí misma y no sólo de medio para un fin y, por lo tanto, no cumple una función primordialmente significativa como sucede en el ensayo, en la filosofía o en la ciencia.

Creo que Sartre exagera al decir que los poetas son hombres que se niegan a utilizar el lenguaje y que la poesía no se sirve de las palabras, sino más bien que las sirve, pero es indudable que si se sirve de ellas es de una manera muy distinta a como lo hace el ensayo. Claro es que el ensayo puede ser más o menos poético en su forma y utilizar imágenes y metáforas como recurso expresivo cuando la palabra, como puro signo, no le basta para su propósito. En nuestro tiempo, Bergson, Ortega, Unamuno, Valery, Reyes, Sartre, Camus, entre otros muchos, son magníficos testimonios de esta rara habilidad para aunar poesía y pensamiento, para ser a un mismo tiempo y con igual jerarquía poetas, artistas de las palabras y hombres de ideas, filósofos, ensayistas; aunque también son claros testimonios del riesgo que corre el escritor de enmascarar demasiado sus ideas, y el lector de perderlas de vista atrapado por la belleza de las formas. El ensayista utiliza figuras poéticas, imágenes y metáforas, pero no para quedarse en ellas, enajenado y enajenando al lector en el puro goce estético. De lo contrario, se traicionaría a sí mismo, porque su intención es o debe ser no sólo decir algo, sino algo *sobre* algo; y ese algo, que es su objeto o su tema, lo enclaustra dentro de cierto ámbito, le impone límites de contenido y de forma y lo obliga a mantener en todo lo posible la más estricta adecuación entre el signo y lo significado, entre la palabra y la idea.

He tomado la poesía como término comparativo para ubicar el ensayo porque es la forma literaria que menos se le asemeja y, por ello, la más apta para hacernos ver lo que no es y, al mismo tiempo, lo que es. La *via negationis* exigiría proseguir este proceso de depuración conceptual con la novela, el cuento, la crítica, la historia y, sobre todo, con la filosofía y la ciencia en sentido estricto, las más próximas al ensayo por su estructura y su contenido teórico. Cada una de esas formas tienen sus caracteres peculiares cuyo análisis nos permitiría delimitar con mayor claridad el concepto de ensayo que

tiene también sus caracteres propios e inconfundibles, a pesar de todas las confusiones deliberadas o inocentes. Pero debo detenerme aquí para no desvirtuar el objetivo de este ciclo. Todo lo antes dicho, y mucho más que hubiera querido decir, no ha tenido en rigor otro propósito que el de abrirnos un camino para no andar a tientas y a tropezones, riesgo que de cualquier modo seguimos corriendo porque no estoy seguro, ni mucho menos, que se esté de acuerdo, en todo o en parte, con mi propio modo de ver las cosas.

Creo sin embargo que tal vez convenga agregar unas pocas observaciones más, apenas las necesarias para auyentar equívocos y, sobre todo, para que no se piense que el ensayo es esa tierra de nadie donde todos caben y donde se puede hacer entrar de alguna manera lo que de hecho no cabe en los otros géneros mejor definidos.

El ensayo, quede esto bien en claro, no es ni puede ser creación pura, trabajo de la imaginación o de la inspiración personal: ni poesía, ni cuento, ni novela, ni teatro. Ciertamente es que con frecuencia en la novela y en el teatro se insertan ideas, teorías, doctrinas, análisis de hechos reales o de estados subjetivos, posturas políticas, en suma, todo cuanto preocupa al hombre, al escritor, que utiliza esas formas literarias como su natural medio expresivo, pero no es menos cierto que lo esencial en ellas es la trama argumental que se construye con esos elementos, la narración, la anécdota, la situación dramática, el diálogo, en fin, todas las estructuras características de la novela o del teatro como quehacer literario.

El ensayo no es tampoco crítica literaria, aunque en muchos casos trasciende sus propios límites, se transfigura en ensayo y deja de ser crítica, total o parcialmente. Ni es, casi parece innecesario decirlo, historia, en el sentido común de relato e interpretación de los hechos transcurridos, aunque también aquí cabe señalar que la realidad histórica se constituye en tema específico del ensayo histórico o de la filosofía

de la historia, en cuanto a su sentido y a las leyes que la rigen: la providencia divina en San Agustín y en Bosuet; el desarrollo progresivo de la razón en Condorcet y los iluministas en general; el "espíritu del pueblo", el *Volkgeist* y la providencia en el historicismo romántico; la realidad socio-económica en Marx. Y no sólo la historia puede ser tema del ensayo, sino también el hombre mismo en lo que es, en lo que debe ser y en lo que hace. Porque si bien el ensayo no es técnica ni arte, ni literatura, ni economía, ni moral, todos esos quehaceres y creaciones del hombre son temas de su estudio, de su investigación, de su pensamiento, de sus reflexiones y meditaciones.

¿Qué es en definitiva el ensayo? Una vez más: es pensamiento, teoría, ciencia; es un pensar y un decir lo que se piensa sobre el tema que se investiga y se estudia, sin las trabas formales, el orden sistemático y al aparato crítico de los tratados científicos y filosóficos, pero, como éstos, reflexivo, consciente, razonado. Y en cuanto es saber y no invención, su método exige claridad, precisión, sujeción temática, aunque dentro del tema se mueve con mayor fluidez y holgura que un tratado, con cierta agilidad y despreocupación, como llevado por un querer que no quiere del todo, que se aproxima y se aleja, ya sea porque el autor no se siente con fuerzas para emprender una tarea de mayor vuelo o porque el tema no se lo exige o, simplemente, porque no le interesa hacerlo, porque no está en su temperamento, en su modo, en su estilo.

No pretendo con esto dar una definición del ensayo, puesto que una definición, en el sentido estricto de la palabra, delimita de tal modo el concepto que el problema desaparece, y lo cierto es que el problema subsiste. Es tan sólo un punto de vista, una apreciación razonada, cuya única virtud tal vez sea la de facilitarnos una guía para preguntarnos sin divagaciones ni prejuicios excesivos: ¿qué se ha hecho en este género, aquí en nuestra zona del litoral y en nuestro tiempo?

No mucho en realidad, pero sí lo suficiente para reconocer que en este complejo y difícil género se trabaja con entusiasmo y en un nivel ponderable sobre los más diversos temas.

José Edmundo Clemente, en el único estudio que conozco sobre la materia, distingue por sus temas tres clases de ensayos: *sociológico*, que ejemplifica con breves transcripciones del *Facundo* de Sarmiento, *Radiografía de la pampa* de Martínez Estrada y *El pecado original de América* de H. A. Murena; el *literario*, con *Evaristo Carriego* de Borges, *El sayal y la púrpura* de Mallea, *El encantamiento de las sombras* de Arrieta y *Relación parcial de Buenos Aires* de A. Salas; y el ensayo *filosófico* con *Filosofía de la persona* de F. Romero y *Apuntes filosóficos* de A. Korn. Lo mismo hubiera podido citar al Sábato de *Heterodoxia* y de *El uno y el universo*, a Macedonio Fernández, Scalabrini Ortiz, Carlos Astrada, Aníbal Ponce, Canal Feijóo, Agosti, Mastronardi y tantos otros. Inexplicablemente, a mi juicio, excluye el arte, la ciencia y la historia que si bien no son ensayos en sí mismos pueden ser sus temas. Sin embargo, su clasificación es aceptable, siempre, claro está, que se la tome con un criterio amplio de tal modo que en cada una de esas clases entren sin violencia otros temas no especificados. En rigor, es imposible una clasificación en compartimientos estancos, por impracticable de hecho y, sobre todo, porque el ensayo por su propio carácter dúctil y flexible se proyecta en su propio desarrollo hacia temas colaterales o implícitamente contenidos en el tema central. El *Facundo*, por ejemplo, es tanto un ensayo de interpretación sociológica como histórica, política y económica e, incluso, como dice Adolfo Prieto, una recreación poética de la pampa y de sus hombres representativos.

Entre nosotros, los temas más frecuentados son los sociales, hecho nada sorprendente por cierto si tenemos en cuenta que —exigencia de la época— son también los que más preocupan a los escritores de todo el país y del mundo entero. Pero,

entendido lo social en sentido muy amplio que incluye lo político, lo histórico, lo económico, lo costumbrista y folklórico. Su temática central es generalmente la interpretación de la realidad argentina, en particular la de nuestra región, partiendo de los datos concretos de la realidad social, de su historia, de su economía, de sus tradiciones, de sus usos y costumbres, de su flora y de su fauna.

No en todos los casos, desde luego. En algunos, el problema alcanza una dimensión universal o, por lo menos, no sujeta a constantes regionales ni tampoco al espíritu nacional, como acontece con un valioso ensayo de Néstor Corte: *Introducción a la cultura de masas*. Notoriamente influenciado por la sociología práctica norteamericana, que, indudablemente, es la que da el tono a todo lo que en este aspecto se realiza en nuestro país, el libro de Corte es una breve pero sustanciosa indagación sobre los problemas que crea el manifiesto desequilibrio entre el progreso técnico y el desarrollo cultural, estético y ético de la humanidad contemporánea. No es mi propósito —lo advierto desde ya— analizar la posición de Corte sobre el problema ni la de ninguno de los escritores a los que voy a referirme sucintamente, por falta de tiempo, porque no corresponde hacerlo y porque en la mayoría de los casos no tengo autoridad científica suficiente.

Dentro de la línea de la interpretación de la realidad social del país, José López Rosas, en sus *Variaciones en torno al hombre argentino* realiza un cuidadoso y documentado estudio de las diversas etapas de nuestra historia: período colonial, de la montonera y de la organización nacional, con el propósito de contribuir a la determinación del ser nacional, del hombre argentino, indefinible aún en el fondo, pero existente con sus virtudes y sus vicios, “afirmado —son sus palabras y, desde luego, la responsabilidad de ellas— en la existencia de profundas constantes nacionales que tienen su rai-gambre en el pasado argentino, en aquellas etapas heroicas

en que todavía el aluvión babélico no había desfigurado su virginal fisonomía”.

A Gastón Gori le debemos las más amplias y variadas contribuciones al estudio de la realidad social, política y económica de nuestra región del litoral, en todos los casos con proyecciones nacionales. Poeta, cuentista, novelista, autor de importantes ensayos literarios sobre Eduardo Wilde y Anatole France, es, sin embargo, desde mi personal punto de vista, en sus ensayos de sociología e historia donde se manifiesta con mayor fuerza y originalidad su condición de investigador serio y de sólida formación. De sus trabajos sobre temas sociológicos e históricos quiero destacar *Vagos y mal entretenidos*, reflexiones que giran en torno al Martín Fierro de Hernández; *La pampa sin gaucho*, meduloso estudio sobre la influencia del inmigrante en la transformación de los usos y costumbres en el campo argentino, con abundante base documental tomada de los viajeros que rondaron estas tierras en la época de la fundación de las colonias o de los diarios e informes de los propios colonos; *Inmigración y colonización en la argentina*, con estructura y temática semejante al anterior, pero tal vez más denso y con implicaciones políticas y económicas que, por supuesto, no están ausentes en *La pampa sin gaucho*, pero que no alcanzan en este libro el nivel que ocupan los aspectos descriptivos de la instalación del inmigrante en las colonias, de sus costumbres, de las penurias y dificultades con que tropezó, en medio de tantas esperanzas, en estas tierras. para él, lejanas y desconocidas.

Gastón Gori ha sido y es uno de los pocos escritores argentinos que ha sabido poner de relieve, con simpatía, pero también con fundadas razones, la importancia del colono inmigrante, del *gringo*: suizo, alemán, francés o italiano, en la formación y el desarrollo del país y de nuestra riqueza nacional, entre tantos, Hernández incluido, que sólo vieron al gaucho y a la autoridad, y enjuiciaron al inmigrante por el gringo de la mona y el mereachifle, el miserable *papolitano*, que.

como bien dice Gori, no representaba en el orden nacional el resultado de la política de puertas abiertas a la inmigración.

Marta Samatán, poeta, novelista y cronista de bien ganados prestigios ha escrito también sobre temas de pedagogía numerosos trabajos, entre ellos, un ensayo sobre las ideas educacionales de Manuel Belgrano y sus importantes contribuciones al desarrollo cultural del país en una época de dura lucha para superar las ideas y las instituciones vigentes: un aspecto relativamente desconocido de la amplia tarea cumplida por Belgrano y que Marta Samatán ha sabido destacar con la capacidad que presupone sus conocimientos de la historia del pensamiento argentino en general y de las doctrinas educacionales en particular.

Agustín Zapata Gollán lleva realizada desde muchos años a esta parte y con plena vigencia actual, una extensa y erudita labor de investigación que por su carácter singular traspasa los límites del quehacer histórico en el que a menudo se lo encasilla, sin salir por ello de la historia como tema central de sus trabajos. *Las ruinas de la primitiva ciudad de Santa Fe, El Perú de los Incas y de los Virreyes, Los chaná en el territorio de la provincia de Santa Fe, El Paraná y los primeros cronistas, Médicos y medicinas en la época colonial de Santa Fe, El Chaco Gualamba y la ciudad de Concepción del Bermejo*, son sin duda historia pura. No así, a mi entender al menos, *Las puertas de la tierra, La fauna y la flora de Santa Fe en los primeros cronistas* y, sobre todo, entre los que conozco, *Supersticiones y amuletos* y *El caballo en la vida de Santa Fe desde la conquista hasta la llegada de los gringos*, ensayo de tipo folklórico el primero, construido sobre la base del material arqueológico descubierto y reunido por el autor en las excavaciones del lugar que ocupó la primitiva Santa Fe; y de carácter histórico, social y costumbrista el segundo, que constituyen valiosas y bien documentadas aportaciones al conocimiento y a la interpretación de los habitantes de nuestra zona litoraleña, de sus usos y costumbres,

de su particular idiosincrasia, de la importancia que ciertos hechos tuvieron en el comercio y en la economía de Santa Fe con relación a otras regiones del país, en suma, al conocimiento de lo que podría llamar el espíritu de un pueblo en el sentido del historicismo romántico. Cualquiera sea la opinión de su autor y colocado desde el punto de vista de su apreciación como ensayo, no como historia pura, creo que *El caballo en la vida de Santa Fe* es un trabajo de investigación de excepcional valor y lo más importante que en este aspecto debemos a Zapata Gollán.

Dentro de la tónica del ensayo costumbrista quiero destacar la positiva significación de la obra de Lázaro Flury, profundo conocedor y una de las mayores autoridades en la materia, que en su pequeño libro *Folklore, contribución a su estudio integral* realiza un concienzudo estudio teórico del folklore: el hecho en sí, sus formas y su literatura, cuyas ideas y conceptos ratifican ciertamente —como lo señala el propio Flury— la importancia actual del estudio del folklore como ciencia antropológica.

Y junto a Flury, pero con un enfoque distinto, menos teórico, menos generalizado y más apegado a las manifestaciones folklóricas concretas, tres atractivos ensayos del entrerriano Amaro Villanueva, hoy radicado en Buenos Aires: *El ombú y la civilización*, *El lenguaje del mate* y *El lunfardo*, importante investigación lexicográfica que entre otros temas plantea el problema, poco tratado, de la etimología de la palabra *lunfardo* que Villanueva, con abundante documentación, hace derivar de *lombardo*, relacionando a su vez este gentilicio con el prestamista usurario y, finalmente, con el ladrón.

En el ensayo *literario*, incluso entendido en ese sentido amplio que comprende el teatro y el arte, la contribución de nuestros escritores es relativamente escasa. No me refiero, por supuesto, a la creación literaria: poesía, cuento, novela que ha alcanzado un alto nivel de producción y de calidad me-

recidamente reconocida en el país entero; ni tampoco a la crítica literaria, teatral, musical, plástica, cinematográfica que tiene sus propios caracteres y limitaciones. Me refiero concretamente al ensayo que, una vez más, puede tener a esas creaciones literarias y artísticas como temas de sus indagaciones.

Ensayos, más que crítica, son los libros antes citados de Gastón Gori sobre *Anatole France y Eduardo Wilde*, obra de juventud el primero, más maduro el segundo y estrechamente vinculado a los problemas de la realidad nacional que en sus diversos aspectos preocupan al autor.

Teatro y artes plásticas son los temas sobre los cuales Eduardo Raúl Storni ha cumplido una entusiasta y significativa labor de ensayista, aparte de su habitual tarea de crítico y comentarista. *Ficción y realidad humana en el teatro contemporáneo* reúne una serie de breves ensayos, algunos con ciertas proyecciones filosóficas, que se manifiesta también en *La inquietud ontológica en el teatro moderno*, en *Teatro e idea* y *El Teatro de O'Neill*; otros, orientados hacia la interpretación del teatro en cuanto fenómeno humano y social, como *Rehabilitación del teatro* y *Notas sobre el teatro argentino*.

En torno al arte y la cultura reúne a su vez ensayos sobre el arte, otra de las preocupaciones constantes de Storni, de los cuales destaco *Técnica y cultura*, *En torno al arte* y *El arte y la educación espiritual* serían investigaciones que no obstante su, para mí, extremada brevedad, muestran bien a las claras la inquietud humanista y la real capacidad del autor.

La Expresión es un excelente ensayo de Jorge Taverna Irigoyen sobre el arte, sus formas y orientaciones expresivas que revelan sus profundos conocimientos en un tema sobre el cual lleva realizada por lo demás una intensa labor de crítica y docente. Nivel que Taverna Irigoyen mantiene sin desmayos en otro buen trabajo sobre *Gambartes o una visión de América*, más que un análisis crítico, una verdadera interpre-

tación del sentido creador de Gambartes y de lo que su obra significa como expresión del destino de América.

Luis Gudiño Kramer, que en su libro *Escritores y plásticos del litoral*, antepone a su esquematizada historia de la literatura y de la plástica de nuestra región un ensayo sobre *Estilo del hombre del litoral*, es también autor, entre sus numerosos y justamente apreciados trabajos de crítica, cuentos y relatos, de un estudio *Sobre arte no figurativo*, excesivamente breve para la magnitud del tema pero que en alguna medida responde a las características del ensayo.

Antonioni: una aventura en el desierto es un lúcido ensayo de Jorge Vázquez Rossi que no se limita al análisis crítico de la obra de Antonioni, sino que se proyecta hacia el estudio del cine como arte y como expresión narrativa y plástica de los problemas de nuestra época que tienen en las creaciones de Antonioni uno de sus mejores y más fieles testimonios.

Valoración del nuevo cine francés es asimismo un magnífico estudio de Vázquez Rossi que pone de manifiesto las posibilidades que ofrece el cine para indagaciones no sólo estéticas sino también éticas, siempre que se entienda el cine, son sus palabras, "como un medio de expresión adulto que en la unidad de sus realizaciones enlaza sintéticamente ética y estética y que a través de la obra sustenta una actitud ante el mundo".

Tengo entendido que en el ensayo literario se trabaja intensamente y en un nivel de subida jerarquía. Pero, inéditos muchos de ellos o desconocidos para mí nada puedo decir al respecto.

Finalmente, en el ensayo filosófico, hasta donde se me alcanza, sólo puedo señalar dos nombres. Celia Ortiz de Montoya, en Paraná, autora de numerosos trabajos sobre temas filosóficos y educacionales: *Autoridad y libertad*, *Pedagogía del romanticismo alemán*, *Dante, el despertar de la conciencia pedagógica moderna y el humanismo petrarquista*, *Juan Luis*

Vives y la madurez de la conciencia pedagógica moderna, Descartes en la historia de la educación y la cultura, Pascal y Voltaire contra Descartes y muchos otros trabajos de investigación con los cuales Celia O. de Montoya se ha hecho acreedora a un merecido y reconocido prestigio en el país, aparte de su infatigable labor docente en el Instituto Nacional del profesorado de Paraná y en la Facultad de Ciencias de la Educación.

Y aquí, en Santa Fe, aunque también alejado actualmente de nuestra ciudad, Luis Di Filippo, periodista, crítico, ensayista hondamente preocupado por los problemas de la vida y de la cultura, de quien corresponde destacar, dentro de la categoría que ahora nos interesa, *La gran contienda del romanticismo, Discordia, Federalismo y libertad* y, particularmente, *La agonía de la razón*, un valioso ensayo filosófico escrito con seguro conocimiento de los temas tratados y con cierta riqueza de forma, claridad y precisión poco comunes.

En esta suscita enumeración de hombres y de obras habrá sin duda lagunas, omisiones involuntarias en todos los casos. Confieso mis limitaciones. Por otra parte quiero señalar muy expresamente que existe entre nosotros una rica y valiosa actividad creadora en literatura, en historia, en crítica literaria y de arte, que me merecen el mayor respeto, pero que a pesar de sus positivos valores no entran en el esquema general del ensayo, tal como he intentado si nó definirlo, si al menos caracterizarlo. No se si he sabido cumplir con el compromiso contraído. Quede sin embargo para ustedes la certeza que lo he hecho con sinceridad y comprensión.